



COLECCIÓN LA VALIJA DIPLOMÁTICA

Javier Villacieros Machimbarrena

Los rascacielos tienen memoria

RECUERDOS DE NUEVA YORK

(1957- 1962)



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—LA VALIJA DIPLOMÁTICA, nº 45—

MADRID • MMXVI

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento
transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © JAVIER VILLACIEROS MACHIMBARRENA

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: PALOMA SERRA ROBLES, JORGE VÁZQUEZ COSTA y LUIS M. MARINA BRAVO

Colección fundada por ALONSO ÁLVAREZ DE TOLEDO Y MERRY DEL VAL

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Primera edición: Febrero 2016
I.S.B.N: 978-84-944752-9-0
Depósito legal: M-1660-2016
Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

*A Jaime, Nico, José Luis y Antonio,
con quienes compartí buena parte de estas vivencias,
mi recuerdo imperecedero.*

CAPÍTULO I

PRIMEROS PASOS

No es tarea fácil escribir sobre una etapa de la propia vida, prácticamente de memoria y después de medio siglo. Es inevitable que se queden muchas cosas en el tintero, sea porque ya no parezcan revestir la importancia que antaño les dábamos, sea porque el tiempo las ha ido borrando de la memoria. En todo caso, mi propósito es reflejar, con la mayor veracidad posible, mi experiencia de cinco años en Nueva York, evocar los hechos más relevantes que me tocó vivir y las personas que allí conocí y con las que llegué a trabar sólida amistad. Unas, las menos, siguen aún vivas; otras, desgraciadamente, ya se fueron. Entre ellas, jefes y compañeros cuyas semblanzas he querido dejar aquí reflejadas, tras compartir con ellos acontecimientos interesantes y días muy felices. La historia no siempre está hecha con gestas de grandes hombres sino, las más de las veces, con el quehacer silencioso del individuo corriente que en la calle no es consciente de que alguien quiera fotografiarle para fines ajenos a sus propios intereses.

Cuanto a continuación relato ya es historia; si se quiere, una minúscula parte de la historia pero, al fin y al cabo, un componente más del gran tejido que compone el pasado de un país y el perfil de los que fueron sus principales actores.

Tristemente, somos ya muy pocos hoy —casi podrían contarse con los dedos de una mano— los personajes de estos relatos que hoy sobrevivimos. A ellos les pido indulgencia por las carencias y errores que puedan advertir en ellos.

Pocos españoles viajaban en los años cincuenta del pasado siglo a los Estados Unidos; algunos becarios en busca de conseguir una especialización profesional y, entre los pocos emigrantes, los pastores vascos que, dentro de la muy reducida cuota americana de inmigración, se trasladaban al Estado de Nevada, contratados para el pastoreo de ganado ovino, dada la reputación de su trabajo ejemplar y de su honradez. En otra clase de actividades y sin la condición de residentes permanentes, que no era nada fácil de obtener, apenas empezaban a llegar algunos hombres de negocios, conforme la economía española iniciaba, a pequeños pasos, su apertura al exterior, después de veinticinco años de aislamiento y autarquía económica.

En las universidades americanas, dotadas de envidiables medios humanos y materiales, eran muy pocos los españoles que podían permitirse el lujo de estudiar o completar su especialización en las diferentes materias. España, por entonces, distaba mucho de ser un país rico y, por tanto, los españoles no podían fácilmente traspasar sus fronteras y, mucho menos, residir un tiempo en el extranjero con esa facilidad con la que muchos lo pueden hacer hoy. La sociedad española era, en general, bastante provinciana, y salvo por razones materiales, poco dada a mirar hacia el exterior.

Con mis veintinueve años a cuestas llegué a Nueva York, a finales de noviembre de 1957, para incorporarme al

Consulado General, primero de mis destinos en el extranjero. Existía entonces, en nuestro país, una norma que exigía que el primer destino en el exterior, después de pasar unos dos años en el Ministerio, fuera un consulado a fin de que el diplomático pudiera practicar y responsabilizarse más en el trato directo con la gente, norma que, como tantas otras, pronto dejó de aplicarse enteramente.

El viaje desde España lo hice en un trasatlántico italiano, el «Vulcania», en el que embarqué en Barcelona. Pocos días antes, en Madrid, me había vacunado de la gripe con el resultado de que el día en que tenía que tomar el tren para la Ciudad Condal, me desperté con fiebre alta y con un fuerte catarro. La vacuna había producido el efecto contrario. Acudí inmediatamente al médico al que expliqué que esa misma noche tenía que coger el tren para Barcelona; me recetó unas inyecciones de penicilina. Con fiebre alta llegué a la estación de Atocha acompañado de mi mujer —quien permanecería en Madrid, con nuestro primer hijo de corta edad, a la espera de que yo encontrara alojamiento en Nueva York. Al poco de arrancar el tren, me metí en la cama esperando que fuesen haciendo efecto las dos inyecciones de antibióticos que me había administrado el farmacéutico de la esquina de casa. No sé si por la fiebre o por el balanceo del tren, lo cierto es que dormí mejor de lo esperado. Era ya de día cuando oí al revisor golpear la puerta de mi compartimento y apenas tuve tiempo de vestirme tras mojarme la cara en el diminuto lavabo. Empezaba a lucir un sol espléndido y en taxi me dirigí a un hotel, en la Plaza de Cataluña, que hace pocos años aún seguía allí. Tomé un baño caliente y me fui sintiendo mejor ya que la fiebre iba cediendo así como la tos y el

malestar general. En todo caso, llamé a un practicante del hotel para que me inyectase nuevamente el antibiótico recetado.

Después de desayunar, telefoneé a mi entrañable amigo Pepe Ibars, hoy desgraciadamente fallecido. Nos conocíamos desde hacía algunos años cuando él, junto con su hermano Ricardo, grandes jugadores de hockey del Club de Polo barcelonés, viajaban a Madrid con su equipo para competir con el del Club de Campo madrileño. Habíamos coincidido además, en París, un verano, siguiendo unos cursos de francés ya que ambos preparábamos las oposiciones a la carrera diplomática, que él tuvo que abandonar por razones familiares.

Pepe Ibars, siempre fiel a la amistad, atendió de inmediato mi llamada y dejando sus obligaciones se presentó en el hotel, donde almorzamos. Luego me acompañó al puerto donde nos despedimos con el afecto que durante toda la vida nos hemos guardado. Lloré su muerte y, pese al paso del tiempo, sigo echando mucho de menos a ese buen amigo, gran señor y ejemplo de catalán y español.

En el puerto estaba atracado el «Vulcania», llegado por la mañana de Génova. Pintado en negro y blanco su imponente casco, destacaba por encima de los tinglados del muelle. Aunque ya algo anticuado, era un lujoso trasatlántico construido en época de Mussolini. Lucía una decoración exuberante con paredes de brillante caoba, suelos cubiertos de mullidas alfombras y, en los salones, grandes arañas de cristal. Después de atravesar el portón de embarque, los pasajeros de primera clase fuimos recibidos por un personal impecablemente uniformado y de educación exquisita. Uno de ellos, con rango de oficial, tras verificar el nombre del viajero, ordenaba a un camarero que le

acompañase a su camarote, junto con su equipaje; le asignaba una mesa en el comedor y le informaba sobre el horario de las comidas. Recuerdo que yo tenía reservada una amplia cabina, junto a la cubierta principal, con un mullido sofá y un cuarto de baño revestido de mármol. En cuanto a mi gripe, la fiebre había remitido. En todo caso, pregunté al camarero si en la enfermería del barco podrían administrarme la última inyección del antibiótico. Al poco rato, tocaba a mi puerta una enfermera, también impecablemente uniformada de blanco, que me administró la última dosis de penicilina.

Después de vaciar la maleta, me tumbé sobre la cama y me quedé transpuesto hasta que la megafonía anunció la hora de la cena. Me cambié y bajé al comedor. A la entrada y junto a una mesa, esperaba a los comensales una señora de mediana edad y porte distinguido, elegantemente ataviada con un largo vestido de noche. No recuerdo su nombre pero, como tantos italianos de su condición, ostentaba un título nobiliario. Quizás perteneciese a una de esas viejas familias venidas a menos y, por su refinada educación y su conocimiento de idiomas, había sido contratada para hacer de anfitriona en la compañía naviera. Lo cierto es que desempeñaba su tarea a la perfección, granjeándose enseguida la simpatía de los viajeros. Junto con el capitán del barco y alguno de los oficiales de mayor rango, fue saludando, de mesa en mesa, a los comensales, preguntándonos si estábamos satisfechos con la comida y el trato recibido. Como yo estaba sólo, la elegante anfitriona me acompañó a la mesa que se me había asignado al embarcar. Me contrarió ver, sentadas a ella, a dos parejas de americanos bien entrados en años, sombría perspectiva para casi una semana de comidas a

bordo. Con la viveza mental que caracteriza a los italianos, La anfitriona me cogió por el brazo y me dijo al oído:

—Venga conmigo, le voy a cambiar de mesa.

Tras verificar de nuevo la lista de pasajeros, me acompañó a otra mesa a la que estaba sentada una chica joven, grande, rubia y rolliza cuya cara irradiaba simpatía e inocencia. Con una amplia sonrisa y como si me conociese de siempre, me tendió la mano, pronunciando ese *hello* tan confianzudo, propio de los americanos. Venía de Génova y me aclaró que había dejado la visita a España para otra ocasión ya que debía regresar, sin tardanza, a Chicago para proseguir los estudios en su universidad de Chicago.

Minutos más tarde, llegaron dos matrimonios de mediana edad, también americanos, que habían viajado, desde Los Ángeles, por Francia e Italia. Ambos conocían ya a su joven compatriota y compañera de mesa. Uno de los varones era cirujano, al parecer de prestigio, y el otro abogado en ejercicio. Dada su amistad, habían proyectado juntos la gira por Europa.

Entre las virtudes de los americanos está, sin duda, esa campechanía que facilita de inmediato la conversación y la relación social. Ni que decir tiene que, al tercer día de compartir mesa, ya me habían invitado a sus casas, incluso al rancho de ganado del padre de la universitaria de ascendencia germana. Yo no estaba aún para bailes y tuve que esforzarme mucho —para no ser descortés— en esa primera noche en que el barco inició su singladura hacia Gibraltar, adonde llegaríamos un día más tarde.

Bailar con la estudiante me resultó un tanto penoso, no sólo porque me sacaba casi una cabeza de estatura y mi mejilla

daba casi sobre su generoso y prominente escote sino que, al contrario de lo habitual, era ella la que, con energía, marcaba los pasos con un poder heredado, tal vez, de las *valkyrias*. Lo cierto es que yo no lograba dar dos pasos correctamente sin tropezar con ella.

Aquella primera noche dormí profundamente. La mar debía de estar calma pues no sentí balanceo alguno y desperté con la sensación de haber dejado en tierra el virus que hubiera podido amargarme el viaje. Un sol esplendoroso arrancaba del agua destellos plateados que herían la vista. En la lejanía, reconocí el perfil de la costa malagueña.

Llegamos a Gibraltar a eso del mediodía. Por megafonía se nos había informado que la escala no duraría más de tres horas pero que valía la pena desembarcar, sobre todo para comprar, a precios muy baratos, productos de casi todo el mundo. Lógicamente, detrás de tal invitación estaban los intereses de los comerciantes gibraltareños de muy variado origen; todos muy *british* y siempre leales a la corona británica mientras no tuviesen que pagar impuestos y les dejasen practicar libremente el contrabando. Aunque, después del almuerzo, buena parte del pasaje desembarcó, yo opté por no hacerlo. Creí que, como español, debía guardar la que, en mi fuero interno, entendí como una actitud de patriotismo, y más teniendo en cuenta que era portador de un pasaporte diplomático. Por ello, dado lo luminoso del día y su suave temperatura, decidí tomarme una copa en cubierta, recostado sobre una confortable tumbona y dedicarme a contemplar el paisaje que enmarca, al fondo, la sierra de Carbonera. No existían entonces, en la bahía de Algeciras, las industrias que hoy se ven —como la gran refinería

de CEPESA— muchas de ellas establecidas para paliar el paro obrero que el cierre de la verja creó en la Línea, en época de Franco y siendo Ministro de Asuntos Exteriores Fernando María Castiella, a raíz de la negativa del Reino Unido a negociar la descolonización del Peñón según los reiterados mandatos de las Naciones Unidas.

Grave error fue reabrirla —a mi juicio y al de muchos otros— sin compensación alguna para España pero para satisfacción de los «llanitos», quienes volvieron a disfrutar de su tradicional estatuto privilegiado, gozando nuevamente de los muchos atractivos de la costa española al tiempo que conservaban su paraíso fiscal y volvían a la práctica del contrabando.

España pagó cara esa ingenuidad y torpeza de los primeros gobiernos posteriores a la transición, repetidas más tarde por el primer gobierno socialista, cuando firmó, con el Reino Unido, la utilización conjunta de su aeropuerto, aviesamente construido, durante nuestra Guerra Civil, en territorio español aprovechando nuestra débil situación. Se tiraron así, gratuitamente, por la borda unos años de trabajo serio y tenaz de nuestra diplomacia, que logró que las Naciones Unidas reconociesen el carácter colonial de la Roca e instaran repetidas veces a Inglaterra a negociar con España su descolonización y la restitución de Gibraltar a nuestra soberanía.

Tenía entonces la ciudad de Algeciras una dimensión pueblerina, con casas de baja altura, libre del agobio de la masiva y horrenda construcción que hoy la sofoca, y un puerto carente del importante tráfico comercial de nuestros días. Yo no fui de aquellos universitarios madrileños que acudían periódicamente en manifestación, ante la Embajada británica en Madrid, vociferando «Gibraltar español» y lanzando piedras contra su edificio, en espera de que hiciesen su aparición los «grises» que, con tímidos porrazos, despejaban a los manifestantes. Siempre me negué, sin embargo, a pisar esa tierra española, expoliada con malas artes, hace tres siglos, bajo el pretexto de un conflicto dinástico, y menos a dejar un duro en los bolsillos de los que nada quieren saber de España —cuando no la desprecian— salvo para hacer buenos negocios o disfrutar de lujosas viviendas a lo largo de la Costa del Sol.

Al acercarse la hora de la salida del barco, comenzó a regresar el pasaje cargado de paquetes y bolsas con sus compras. El sol se escondía ya tras las crestas de poniente cuando reiniciamos la navegación rumbo a Lisboa, adonde llegaríamos a la mañana siguiente. Esa noche, aprovechando la hora del coctel, trabé conocimiento con más viajeros. La inmensa mayoría del pasaje estaba compuesta por americanos, casi todos ya jubilados. Nuestra noble anfitriona se encargaba, a las mil maravillas, de hacer las presentaciones y sorprendía su excelente memoria para los nombres —no pocos de origen italiano— de quienes regresaban de visitar las tierras de sus mayores o de hacer turismo por Europa. Esa noche no fui tan remiso al baile si bien tuve que pasar de nuevo por la prueba de fuego de mi encantadora y voluminosa compañera de mesa aunque, afortunadamente, logré alternar su compañía con la de las dos vecinas americanas, de mayor edad pero más sumisas en la danza.

A la mañana siguiente, al atracar en el majestuoso estuario que forma el río Tajo a los pies de la capital portuguesa, se nos ofreció una interesante gira turística que ocupó buena parte del día. Yo no conocía Lisboa y me apunté a la excursión